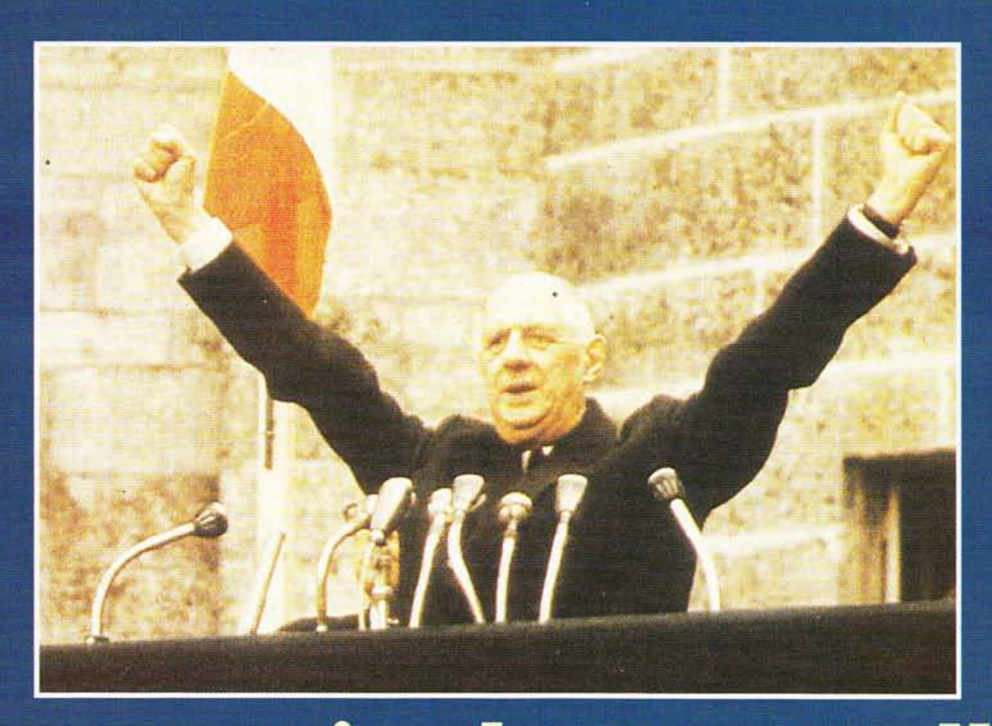
CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

33



La Francia de De Gaulle

Angel Bahamonde Magro

Historia 16

295 ptas

historia 16

INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
GERENCIA: Félix Carpintero.

Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid. Teléfonos 327 11 42 y 327 10 94.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 368 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis. Teléfono: 586 31 00. 28037 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-367-1994

CUADERNOS DEL

MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

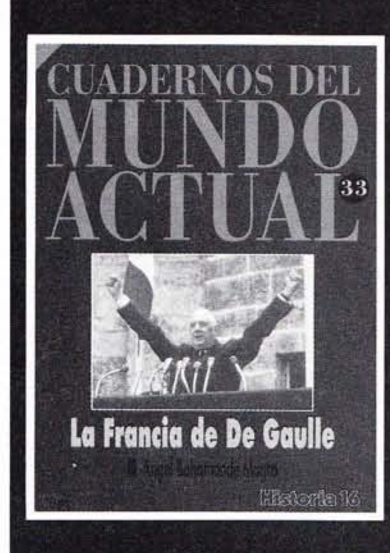
Universidad Complutense
UNED

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

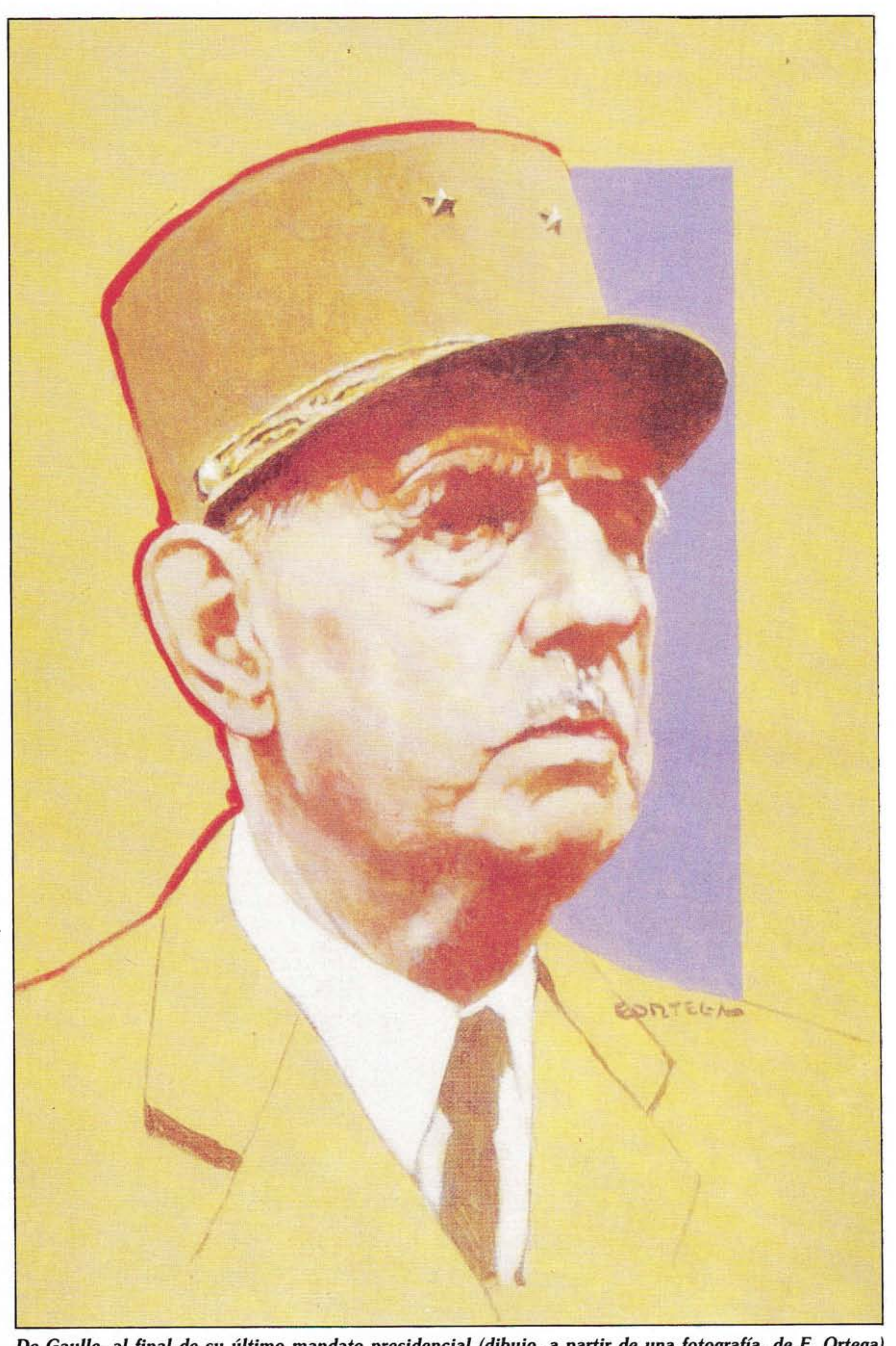
INDICE

La Francia de De Gaulle

Angel Bahamonde Magro



El general Charles de Gaulle



De Gaulle, al final de su último mandato presidencial (dibujo, a partir de una fotografía, de E. Ortega)

La Francia de De Gaulle

Por Angel Bahamonde Magro
Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid

El 27 de abril de 1969 De Gaulle perdía su referéndum sobre las reformas del Senado y la regionalización. Minutos antes de la medianoche en un lacónico adiós a los franceses, De Gaulle presentaba su dimisión: *Ceso de ejercer mis funciones de presidente de la República. Esta decisión tendrá efecto a partir de hoy al mediodía. Charles de Gaulle.* Así terminaba una biografía política que había empezado un lejano 18 de junio de 1940, con su primer *appel* a los franceses, a los que recordaba la necesidad de seguir combatiendo y rehusaba el armisticio que los políticos de la III República, vía Pétain, habían acordado con los alemanes.

Comprender la trayectoria política de Charles de Gaulle exige tomar en consideración algunas valoraciones de las últimas aportaciones historiográficas. Para empezar, resulta preciso situar la cosmovisión política del general totalmente separada de la corriente autoritaria francesa que toma cuerpo desde mediados del siglo XIX. No existiría pues una línea de continuidad entre lo que supuso el régimen de Napoleón III, la *reacción* Boulanger a finales del siglo XIX, el pétainismo de los años cuarenta o el poujadismo de la década de los cincuenta. De Gaulle se diferenciaba de este conjunto en su respeto por los valores republicanos, nunca cuestionados en profundidad durante los años de gestión como presidente de la República.

Y es que De Gaulle tuvo necesariamente que *republicanizarse,* porque los orígenes de su práctica política tomaron como contrario el experimento de *Revolución Nacional* puesto en marcha por el mariscal Pétain y la tradición antirrepublicana francesa, silenciada provisionalmente como consecuencia del *affaire* Dreyfus, pero que emerge con fuerza en la crisis política del decenio de los treinta, para ascender al poder una vez producida la derrota frente a Alemania. De Gaulle, cultivado en un ambiente conservador y posiblemente cercano a los postulados de la *Revolución Nacional,* acabó sin embargo por convertirse no sólo en el símbolo de la Resistencia francesa, sino en el emblema de la propia República. En efecto, la decisión tomada el 18 de junio de 1940 era divergente de la reacción del mariscal Pétain y de su círculo político. En ese momento se produjo el divorcio entre el joven y desconocido general y el célebre mariscal, que había sido el mentor de De Gaulle en la primera consolidación de su carrera militar.

Llamando a la resistencia, De Gaulle, *malgré lui,* se transformaba en la cabeza visible de la República frente a la *Revolución Nacional* del mariscal Pétain. Los años de resistencia entre 1940 y 1944, pues, y los

avatares de la lucha por el poder en el marco de Argel, transformaron a De Gaulle en republicano. Lo que sucede es que el general quiso adecuar los viejos valores republicanos a una nueva concepción del Estado y del ejercicio del poder. En este aspecto, sí existen puntos de coincidencia con la secuencia aludida anteriormente. En Londres, en Argel, en el desfile del 26 de agosto de 1944 en el París recién liberado, en el discurso de Bayeux de 1946, De Gaulle consideró que el régimen de partidos y el sistema político de la III República eran incompatibles con la *grandeur* de Francia, la cual a su vez podría desarrollarse en un sistema republicano convenientemente depurado de sus trabas.

En ello coincidía con la mayoría de los franceses a la altura de 1945 y, sobre todo, con los círculos resistentes del interior, que habían tomado mayor cuerpo desde 1943, y, principalmente, desde junio de 1944 cuando se produjo el desembarco aliado de Normandía y resultaba evidente la debilidad del enemigo nazi. El sistema de partidos tal como había funcionado durante la III República fue el centro principal de las críticas del general. Críticas extendidas a lo largo de la IV República cuyo sistema político, en términos del general, era una mera proyección ampliada del de su antecesora. El fracaso de la política colonial durante los años cincuenta fue para De Gaulle la confirmación de la necesidad de efectuar un viraje profundo de las instituciones republicanas, que asegurase un papel preponderante a la República en el escenario internacional.

De Gaulle, el militar reformista

En la cosmovisión del general influyó notablemente su adscripción militar. Su apego al orden frente a toda forma de inestabilidad era consecuencia del componente militar de su personalidad. Sin embargo, ello no fue óbice para su respeto escrupuloso al poder civil. Téngase en cuenta que a la altura de los años treinta, cuando el futuro general llega a la madurez de su carrera profesional, resulta un militar hasta cierto punto atípico, al menos en el ambiente del Alto Estado Mayor francés. De Gaulle es un militar intelectual, acostumbrado a la docencia en la Escuela de Guerra. Teoriza sobre estrategia militar, sobre la reforma del ejército y sobre sus relaciones con la sociedad civil. A pesar de que su pensamiento sea conservador en lo político, como el de la cúspide del Estado Mayor de su época, sus posiciones reformistas delimitan una actitud divergente de la tónica dominante.

Había cursado sus estudios militares en Saint-Cyr. Teniente en octubre de 1913. Herido tres veces en el curso de la Primera Guerra Mundial, merece los máximos elogios del entonces mariscal Pétain. Hecho prisionero, permanece treinta y dos meses en cautividad y, a pesar de sus tentativas de evasión, sólo será liberado tras el armisticio de 1918. En mayo de 1919, el comandante De Gaulle es enviado a Polonia a luchar contra el Ejército Rojo. Su relación con Pétain le facilita su proyección militar. Pétain le incorpora a su gabinete, donde empieza a pergeñar su talante reformista en cuestiones militares. En este aspecto, existe una fisura marcada con la estrategia defensiva propugnada por el Estado Mayor francés en el período de entreguerras. De Gaulle era contrario a la línea defensiva *Maginot* frente a un hipotético peligro alemán, lo que significaba cuestionar los fundamentos estratégicos del Estado Mayor. Al mismo tiempo que Guderian en Alemania, De Gaulle replantea la utilización de los blindados. Sus postulados entran en contradicción total con el sistema estratégico defensivo. Quizás De Gaulle no era consciente de que la estrategia militar francesa no podría compararse de ninguna manera con la alemana. El Estado Mayor alemán era la cúspide militar de un sistema político revindicativo, sobre todo a partir de 1933, cuando se produzca el rotundo cuestionamiento del Tratado de Versalles. Respondía, por tanto, a una política expansiva, donde el *Lebensraum* se entremezcla con el irredentismo abierto por las cláusulas de Versalles.

En cambio, la doctrina militar francesa corresponde a un panorama totalmente divergente: no hay reivindicaciones territoriales, sino más bien conservación del espacio, sobre todo en lo tocante a Alsacia y Lorena. Si el Estado Mayor alemán estaba presto a escuchar y poner en práctica las teorías de Guderian sobre la guerra de blindados, porque suponían la concreción práctica de las líneas doctrinales de la estrategia militar alemana, no sucedía lo mismo en el caso francés. Las teorías de De Gaulle sobre la profesionalización del ejército o la necesidad de transformar la estrategia militar al uso no



Soldados franceses empujan una pieza de artillería a comienzos de 1940, poco antes del ataque alemán

fueron tomadas en consideración, pero al menos sirvieron para ver incrementado el respeto hacia su persona dentro de la cúspide militar. Su libros *Vers l'armée de métier* (1934) o *La France et son armée* (1938) reflejaron unos postulados que provocaron debate entre los militares franceses, pero que se consideraron inapropiados y contrarios a la doctrina estratégica imperante.

Aquí radica el origen de una frustración con respecto a Pétain y, en general, hacia el Estado Mayor y los políticos de la III República. De Gaulle siempre destacó que el primer político convencido de sus presupuestos estratégicos había sido el socialista Léon Blum, cuando en enero de 1940, tres meses después de iniciada la guerra, se lamentaba de no haber tenido conocimiento hasta entonces de las teorías del coronel: *Acabo de comprenderlo. Era preciso organizar a toda costa un ejército mecanizado.* Un mes después, los blindados de Guderian, apoyados por la Luftwaffe, rompían la frontera francesa, demostrando las múltiples carencias de un sistema defensivo que no había tenido en cuenta las líneas maestras de la estrategia enemiga. De Gaulle, el militar reformista, había tenido razón. Se sentía incomprendido y, en parte, traicionado. De ahí su doble rechazo: a los generales desfasados del Estado Mayor, por una parte, y los políticos de la III República, por otra.

De Gaulle, el nacionalista

Si uno de los pilares sobre los que se asienta la personalidad política de De Gaulle es su adscripción militar, el otro gran pilar es su nacionalismo. Un nacionalismo condensado en el lema *la grandeur de la France*. El nacionalismo de De Gaulle se había movido durante los años treinta en una contradicción, resuelta por la evolución de los acontecimientos de 1940. Si vacilaba entre el nacionalismo antirrepublicano, que va a desembocar en el régimen de Vichy, y el nacionalismo populista de raíz conservadora, contrario a la gestión del Frente Popular y partidario de una República autoritaria, la llamada a la resistencia del 18 de junio de 1940 y su enfrentamiento radical con los valores emanados de la *Revolución Nacional* de Vichy, situaron a De Gaulle, en un principio, en la segunda de las líneas planteadas. Su evolución política a lo largo del conflicto, con la necesaria vinculación a la resistencia interior, republicanizó su nacionalismo. Resulta algo más que una anécdota que a lo largo de su trayectoria política todos sus discursos finalizaran con una doble invocación: *¡Vive la France! ¡Vive la République!*

Se había producido la síntesis entre nacionalismo y valores republicanos, apegados a una tradición laica y democrática en la que

la República encarna a la nación, como poder soberano último, que en la práctica gaullista reforzará la vía del referéndum. Un nacionalismo republicano en el que sigue primando los valores de la ley y el orden, como elementos de estabilidad interior, garantizados por un Ejército eficiente, respetuoso del poder civil y la comunicación directa entre el presidente de la República y el conjunto de la nación, única forma de asegurar *la grandeur,* esto es la proyección exterior de Francia. Un nacionalismo que llevará a De Gaulle a distanciarse en su práctica política de las tenazas del orden bipolar de la guerra fría, con la defensa de una tercera vía ajena a presupuestos de supranacionalidad. Sería una especie de orden europeo dirigido por Francia.

De Gaulle, el contrapunto de Pétain

La carrera política de De Gaulle empezó de hecho con su *appel* a la resistencia efectuado a través de la BBC de Londres el 18 de junio de 1940. Pocas semanas antes, la *drôle de guerre* había culminado en sucesivos derrumbamientos del Ejército francés. En este clima de derrota había sido nombrado subsecretario de la defensa nacional el día 6 de junio, dentro del nuevo gobierno presidido por Paul Reynaud. El 16, ante lo insostenible de la situación militar, Pétain formó un nuevo gobierno con el objetivo de solicitar el armisticio. Ahí nace el De Gaulle resistente.

El 22 de junio se firmaba el armisticio. Días después, el 10 de julio la Asamblea Nacional, por 569 votos contra 80, *da todos los poderes al gobierno de la República bajo la autoridad y la firma del mariscal Pétain, con el objetivo de promulgar, por una o varias actas, una nueva Constitución del Estado francés. Esta Constitución deberá garantizar los derechos del Trabajo, de la Familia y de la Patria.* La cesión de plenos derechos al mariscal concretaba la rebelión del conservadurismo francés frente al régimen republicano en nombre de la *Revolución Nacional,* ambigua en sus objetivos precisos, pero definida por una triple oposición visceral: frente a la República, frente a la democracia y frente al parlamentarismo. La República quedaba abolida.

Hitler había tolerado en 1940 el armisticio con Francia por una doble conveniencia, que hizo más atrayente este final pactado que la imposición de una derrota militar absoluta, plenamente factible dado el hundimiento del Ejército francés. Por un lado, la derrota militar hubiera sido la de la Francia metropolitana, pero no la de la totalidad del Imperio ultramarino: era preciso evitar la retirada de las elites políticas francesas hacia los espacios imperiales y la continuación de la lucha. Por otro, el asentamiento de Pétain, con su doctrina de la *Revolución Nacional,* permitía plantear la incorporación del nuevo Estado francés al orden europeo preconizado por Hitler, es decir, a la colaboración.

De Gaulle aparecía así a la altura de 1940 como la voz más visible de la Francia resistente, pero no la única. Al menos, Gran Bretaña y Estados Unidos, sobre todo este último país, sondearon otras posibles alternativas, que la dinámica política del período acabó por enlodar. Téngase en cuenta que el reconocimiento *de iure* del general De Gaulle por parte de estas dos potencias se produjo en una fecha tan tardía como mediados de 1944. La respuesta es preciso buscarla, en primer lugar, en la evolución política del régimen de Vichy y, en segundo lugar, en la trayectoria de De Gaulle, capaz de asegurar una estrategia en las colonias tendente a desplazar a otras elites militares francesas, de naturaleza nacionalista, en mejor posición ante Londres y Washington porque ofrecían una mayor garantía para atemperar el desviacionismo colaboracionista de Vichy y para reorientar el rumbo político del mariscal Pétain hacia posturas más antialemanas o neutrales.

En suma, a lo largo del período 1940-1942 alemanes y aliados coincidieron en una respuesta similar: *neutralizar* el Imperio francés como mal menor y apartar sus inmensos recursos del enemigo, para una utilización ulterior en beneficio propio. Por parte alemana esta estrategia se sustentaba en agrupar alrededor de Pétain a los individuos más proclives a un colaboracionismo activo; por el contrario, la política aliada estaba dirigida a sostener y arropar al sector más nacionalista, sobre todo militares, inclinados por la lógica de su nacionalismo a insistir en la autonomía de Vichy respecto de los alemanes y a vislumbrar en un futuro la hipótesis del traslado de las instituciones a los territorios franceses del norte de Africa, si la presión alemana se hacía insostenible.



Retrato oficial del mariscal Henri-Ph. Pétain, en su época de jefe del Estado del régimen de Vichy, 1940-44

De Gaulle, el resistente

En definitiva, a la altura de 1940-41, De Gaulle está aislado en Londres, carece de recursos sólidos, ha roto completamente sus amarras con la Francia oficial metropolitana y, precisamente, esta ruptura le aleja de los planteamientos británicos y norteamericanos, cuya valoración de la cuestión francesa pasaba por influir sobre los hombres de Vichy para atraerlos a sus posiciones. De Gaulle, el rebelde aislado de Londres, sólo interesaba como posible acicate ante los militares de Pétain o como pieza de una estrategia secundaria, en un futuro incierto e indeterminado, caso de que la estrategia principal fracasara.

De Gaulle supo hacer una perfecta lectura de la situación. Comprendió que su consolidación dependía de la evolución política del régimen del mariscal Pétain y que la variable determinante de esta evolución residía en la actitud que adoptasen los territorios del Imperio. Llegó a la conclusión de que conforme aumentase la disidencia de las colonias respecto de Vichy, el régimen del mariscal se vería abocado a un colaboracionismo más estrecho, servil y humillante con la Alemania nazi. Dado este nuevo contexto, De Gaulle quedaría como el emblema, el protagonista indiscutible de la Francia libre y resistente.

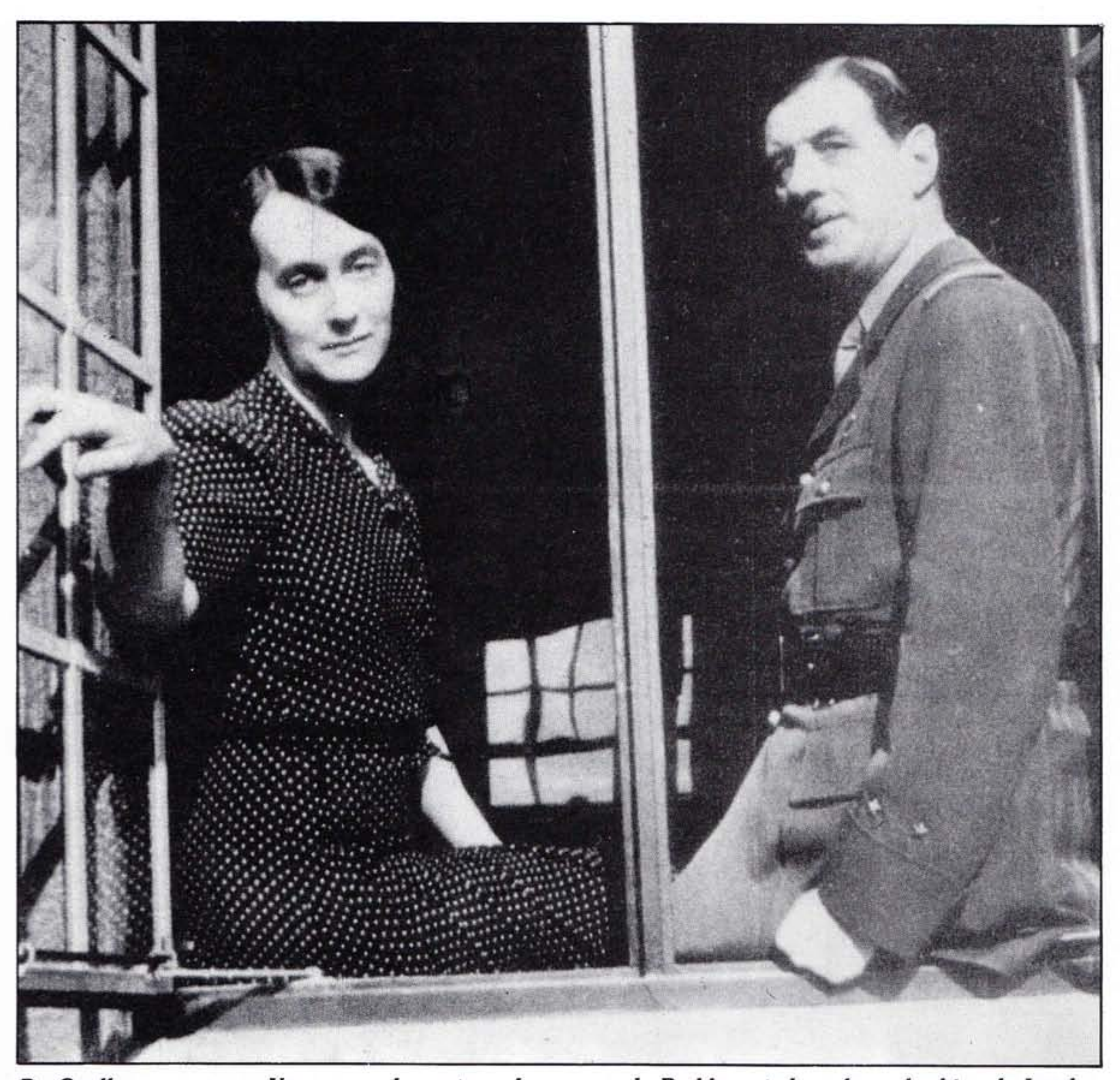
Todo este conjunto de consideraciones exige sacar a colación la naturaleza o naturalezas del régimen de Vichy entre 1940 y 1944. Conviene, en primer lugar, desechar una línea interpretativa cada vez más objeto de crítica: Vichy representa desde sus orígenes el colaboracionismo, sin más matizaciones. Si así hubiera sido, el papel de De Gaulle no habría sido cuestionado por las grandes potencias aliadas, ni su reconocimiento sin ambages hubiera tenido que esperar hasta 1944. Un Vichy absolutamente colaboracionista desde 1940 habría dejado a De Gaulle como el único interlocutor, sin competencia posible, de la Francia resistente.

En el verano de 1940 se configuran en torno a Pétain tres familias políticas, todas ellas compartiendo los principios básicos de la *Revolución Nacional* y la descalificación de la clase política de la III República, en general, y de los componentes del Frente Popular en particular. Les separa, en cambio, la postura a tomar por Francia en el contexto de la guerra. Al principio, el grupo más numeroso e influyente en Vichy es el de los que podrían denominarse nacionalistas conservadores, representados sobre todo por el elemento militar. Valoran el armisticio como una situación temporal y mantienen abierta la hipótesis de la reincorporación de Francia a la guerra desde la plataforma norteafricana. En todo caso, son partidarios de consolidar el máximo de autonomía del régimen frente a Alemania. La embajada estadounidense trató de incidir sobre ellos para asegurar, como mal menor, una neutralidad efectiva.

Los colaboracionistas pasivos, posición encarnada por el propio mariscal Pétain, muy indefinidos provisionalmente en una toma de posiciones y más atentos a la evolución de los acontecimientos, se encontraban en una espera prudente para fijar un rumbo definitivo. Esta posición intermedia, antes o después se vería abocada hacia uno u otro de los dos ámbitos.

Completa el elenco de Vichy el abigarrado grupo de los colaboracionistas activos. Multiformes en sus contenidos, defieren en el desarrollo político de los principios de la *Revolución Nacional.* Eso sí, son partidarios de una vinculación más estrecha entre Alemania y el *Estado francés.* La embajada alemana intentará sacar frutos atizando la rivalidad entre ellos. Esta corriente se nutre de una doble dirección. La mayoritaria se imbrica perfectamente en la reconversión que en los años treinta sufre el nacionalismo conservador francés hasta situarse en unos parámetros netamente profascistas. En 1940 resultan la reproducción de las ligas fascistas del período de entreguerras, cuya máxima actividad había tenido lugar en el clima conflictivo derivado de la crisis económica de 1929, aunque sus efectos fueran menos profundos que en otros países europeos.

En esta ambientación habían nacido grupúsculos, cuantitativamente de escasa dimensión, pero muy activos en la agitación callejera, sobre todo en época del Frente Popular. Sería el caso de Jacques Doriot, con su Partido Popular Francés, o los partidarios del coronel La Rocque, a los que habría que unir otros grupos rayanos con la actividad terrorista y con cierta influencia en algunos círculos militares, como la sociedad secreta *La Cagoule.* Pero también en el colaboracionismo activo de Vichy irán adquiriendo un mayor protagonismo algunos políticos, ciertamente con una secundaria actividad política anterior, procedentes del mundo del cen-



De Gaulle y su esposa, Yvonne, en la ventana de su casa de Berkhamsted, en los suburbios de Londres

tro izquierda y que ilusoriamente se plantean acentuar los contenidos sociales del nuevo régimen al calor del nacionalsocialismo.

Entre 1940 y 1942 se denota un basculamiento progresivo de Vichy hacia las posturas de este colaboracionismo activo que rivaliza entre sí: desde Doriot a Deat, pasando por la intransigencia de un personaje que adquirirá su máxima influencia en 1944: Darnand. En este basculamiento existe un hecho determinante: el desembarco anglonorteamericano en el norte de Africa en diciembre de 1942, que significará la irrupción de las tropas alemanas en la Francia no ocupada y la consolidación a la cabecera del gobierno de Vichy de uno de los políticos más inclinados a la colaboración con Alemania, Pierre Laval. Para la causa de la Resistencia resulta un momento decisivo, porque los militares franceses del norte de Africa abandonan masivamente el contexto de la *Revolución Nacional* para asentarse en las filas de la Francia libre representada en aquel momento por el binomio Giraud-De Gaulle.

De Gaulle atrae al Imperio

Como se ha señalado, De Gaulle había comprendido la trascendencia de desgajar el Imperio respecto de Vichy. A ello dedicó su máximo esfuerzo, para conseguir además una plataforma territorial que le permitiera afirmar su autoridad y un reconocimiento, aunque fuera *de facto*, de Londres y Washington. En Londres, De Gaulle ya había constituido, con una acogida tibia por parte

de Churchill, un Comité de la *Francia Libre,* más simbólico que otra cosa y cuyos escasos elementos procedían de los contingentes franceses llegados a Inglaterra en la retirada de Dunkerque y de los soldados evacuados de Noruega. Con todo, el primer intento por unir a territorios del Imperio a su causa culminó en éxito.

Fue básica la colaboración de un oscuro capitán del ejército, Leclerc, luego convertido en uno de los mitos de la *Francia Libre* por su participación en la liberación de París, en agosto de 1944. Gracias a Leclerc, Camerún y el Africa Ecuatorial Francesa reconocieron a De Gaulle como suprema autoridad francesa el 26 de agosto de 1940. En julio de 1941, con apoyo del ejército británico, Siria y Líbano pasaron a depender del Comité de la *Francia Libre* de Londres. Entre noviembre y diciembre de 1942, Madagascar, La Reunión y Djibuti siguieron el mismo camino. Si este conjunto territorial consiguió estrechar las vinculaciones entre De Gaulle y Churchill, no sucedió lo mismo con el presidente Roosevelt. En efecto, los Estados Unidos seguían jugando la carta de Vichy.

El papel de la resistencia en el ascenso de De Gaulle

La definitiva consolidación del general De Gaulle como representante de la *Francia Libre* tuvo como escenarios el norte de Africa y la resistencia interior en la Francia metropolitana. Significativos son los acontecimientos políticos que acompañaron el desembarco anglo-norteamericano en las costas del norte de Africa en noviembre de 1942. Siguiendo las líneas básicas de su estrategia, los norteamericanos ignoraron cualquier autoridad de De Gaulle en Marruecos, Túnez y Argelia. Prefirieron pactar con dos militares representativos del círculo nacionalista próximo a Pétain, el almirante Darlan y el general Giraud. El asesinato del primero, en un atentado de origen desconocido el 24 de diciembre, dejó la cuestión en un mano a mano entre Giraud y De Gaulle. La conferencia de Casablanca, del 24 de enero de 1943, no resolvió la situación e incluso se prohibió a De Gaulle fijar su residencia en los territorios franceses de Africa del norte. Sin embargo, De Gaulle y su Comité de Londres ya habían obtenido un primer reconocimiento oficial, de suma importancia, por parte de Stalin en septiembre de 1942.

Por otra parte, la resistencia interior francesa alcanzaba una mayor consistencia conforme el régimen de Vichy se inclinaba a un colaboracionismo más estrecho con Alemania. Tengamos en cuenta que este colaboracionismo vino acompañado, paradójicamente, por una mayor presión alemana dirigida al cumplimiento de determinadas cláusulas económicas del armisticio, que imponían pesadas transferencias de recursos económicos y humanos hacia la Alemania nazi, en un momento en que Vichy había perdido el control sobre la plataforma imperial. Si en un primer momento el mariscal Pétain y la fórmula del armisticio habían encontrado un considerable apoyo de la sociedad francesa, las servidumbres del colaboracionismo fueron restando paulatinamente ese primer sostén, al menos por parte del sector de la población más vinculado a posiciones de izquierda política. Por el contrario, la derecha conservadora siguió prestando su apoyo al mariscal hasta prácticamente el desembarco en Normandía, en junio de 1944.

La invasión de la Unión Soviética por Alemania —junio de 1941— señala un antes y un después en los movimientos de resistencia. Antes de esta fecha los grupos resistentes además de desarticulados habían sido escasos en número, no sobrepasando la esfera de algunas acciones aisladas llevadas adelante por los más decididos militantes de los antiguos partidos del Frente Popular y de los sindicatos. La agresión alemana y la consiguiente ruptura del pacto germano-soviético lanzaron a las filas de la resistencia a los contingentes del Partido Comunista, que sería la activa columna vertebral del movimiento partisano desde entonces.

De Gaulle, por encima de diferencias políticas, fue considerado por la resistencia interior como el símbolo de los valores republicanos frente a la *Revolución Nacional* de Pétain. La organización de la resistencia dependió en gran medida del Comité de la *Francia Libre* de Londres, a través de una figura paradigmática como la de Jean Moulin. A la par, significativos políticos de la época republicana desembarcaron en Londres para ponerse a las órdenes de De Gaulle. Así quedaba constituida una primera estructura a base de hombres como Mendès-France, A. Philipe, Queuille, Auriol, que se unían

Arriba, De Gaulle pasa revista a las tropas de la Francia Libre, refugiadas en Gran Bretaña, julio de 1940. Abajo, Giraud, Roosevelt, De Gaulle y Churchill en la Conferencia de Casablanca, enero de 1943

a los gaullistas de la primera hora, Catroux, Pleven o Diethelm. Un momento cumbre para De Gaulle fue la constitución, en el París ocupado, del Consejo Nacional de la Resistencia (CNR), el 27 de mayo de 1943, que reconoció la autoridad del Comité de Londres.

El general ya poseía suficientes bazas para resolver su litigio con Giraud y neutralizar la oposición norteamericana. A fines de mayo de 1943, De Gaulle llegaba a Argel. Su autoridad política derivada del prestigio de la resistencia interior iba a resolver definitivamente su conflicto con los viejos militares antialemanes, pero partidarios de las doctrinas de la *Revolución Nacional* de Pétain, que constituían el principal apoyo del general Giraud. El 3 de junio quedaba constituido el Comité Francés de Liberación Nacional en la capital argelina, copresidido en principio por De Gaulle y Giraud hasta el mes de octubre, en que el primero se erigió como jefe máximo. En él se integraba un complejo arco político que aglutinaba a personajes vinculados a De Gaulle desde el primer momento y significativos representantes de los partidos de izquierda, incluidos los comunistas. Parecía un Frente Popular ampliado con la inclusión de hombres vinculados personalmente a De Gaulle.

Este primer entramado republicano quedó completado con la constitución de una Asamblea Consultiva Provisional, desde septiembre de 1943, y con la conversión del Comité en Gobierno Provisional de la República Francesa, el 3 de junio de 1944. De Gaulle había cerrado el círculo. En los inmediatos prolegómenos del desembarco de Normandía no sólo aparecía como jefe indiscutible de la resistencia frente a los alemanes y a Pétain, sino que había restablecido en tierras argelinas una estructura representativa de la República. La entera subordinación de Vichy a los alemanes hizo el resto.

Fenómenos tales como el servicio de trabajo obligatorio en Alemania y la radicalización fascista de Vichy, con la mayor influencia de Darnand y la creación de la *Milice,* enteramente al servicio de los alemanes y con misiones de orden público, es decir de persecución del maquis, al avivar el clima de guerra civil en Francia, coadyuvaron al incremento de la popularidad de De Gaulle. La escucha de sus emisiones radiadas desde Londres se convirtió en práctica habitual en muchos hogares franceses. Sin embargo, por debajo de la unidad de la Resistencia subyacía una latente línea divisoria entre gaullistas, católicos progresistas, socialistas y comunistas. Era la antesala de unas tensiones que estallarán inmediatamente después de la Liberación.

En el París liberado

El desembarco anglo-norteamericano en Normandía, el 4 de junio de 1944, precipitará los acontecimientos. Un momento decisivo para De Gaulle es el de la liberación de París, por la enorme carga simbólica que acarrea, y demuestra su capacidad para capitalizar en forma de réditos políticos personales la insurrección popular que había estado en los orígenes de la liberación de la capital. A partir del 17 de agosto, la resistencia se había lanzado a la insurrección contra las tropas alemanas a través de la huelga general y de la lucha armada. Insurrección en la que emergen las tensiones existentes entre gaullistas y comunistas.

El 24 de agosto por la noche, la II División Blindada, al mando del general Leclerc, llegaba al Hôtel de Ville. Al día siguiente quedaba completada la liberación de la ciudad y por la noche entraba en la misma el general De Gaulle. Más allá de la anécdota, conviene señalar el valor político de los movimientos del general la noche del 25 y a lo largo del día siguiente. Para empezar, el primer lugar visitado por él fue el ministerio de la Guerra, tomando posesión de su antiguo despacho de subsecretario de antes de su partida para Londres. Primera espera en vano de los miembros del Comité Nacional de la Resistencia. Con este acto De Gaulle quería subrayar tanto su superioridad sobre un movimiento resistente, con cierta proclividad a la autonomía, como asegurar una línea de continuidad con el pasado republicano. El era el símbolo y la cabeza visible de la República.

Su visita al Hôtel de Ville, donde estaba instalada la dirección del CNR, reprodujo los mismos contenidos: se negó rotundamente a leer en público la declaración que le habían preparado restableciendo la República. Su contestación fue tajante: no había nada que restablecer, porque la República nunca había desaparecido; en Londres y en Argel él había asegurado la continuidad de la legalidad republicana. Al día siguiente, nueva



El general De Gaulle aclamado en las calles de Bayeux tras la liberación de la ciudad, el 14 de junio de 1944

repetición de actos simbólicos en el baño de masas por los Campos Elíseos, desde el Arco de Triunfo a la catedral de Nôtre Dame. Un masivo cortejo encabezado por el general, seguido a una prudente, pero significativa, distancia por miembros del Gobierno provisional, jefes militares y los hombres de la resistencia interior, que quedaban relegados a un segundo plano. Inmediatamente después de un Tedéum en Nôtre Dame, firmaba los protocolos por los que los gobiernos inglés y norteamericano le reconocían oficialmente como presidente del Gobierno provisional de la República Francesa.

En semanas posteriores, conforme se acelere la retirada alemana y la liberación del conjunto del territorio francés, el Comité Nacional de la Resistencia y sus instituciones, a la par que los partisanos armados, quedarán disueltos. Ello significará el paulatino control de la situación política por parte del Gobierno central, en un tenso ambiente consecuencia del enfrentamiento civil durante la ocupación, sobre todo desde 1943. A pesar de todo, la depuración del colaboracionismo sólo afectaría epidérmicamente a los sectores sociales y a las instituciones comprometidas con el nazismo y el régimen de Vichy.

En los meses siguientes, la principal preocupación de De Gaulle consistió en buscar el reconocimiento de Francia como potencia aliada, que le permitiera desempeñar un papel activo ante la proximidad de la derrota nazi. El reducido ejército francés procedente de Gran Bretaña y el norte de Africa fue incrementado con resistentes voluntarios. En total, más de 100.000 hombres fueron incorporados al Primer Ejército, al mando del general De Lattre de Tassigny. Con ello, De Gaulle eliminaba el potencial de inestabilidad interior que suponía una resistencia de inclinación comunista, a la vez que esta postrera participación activa en la guerra permitió a De Lattre asistir y firmar la capitulación final de Alemania el 8 de

mayo de 1945. Sin embargo, Francia no fue invitada a las conferencias aliadas de Yalta y Potsdam.

Las disensiones con la Resistencia

Francia se despertaba al día siguiente del final de la guerra con el agridulce sabor de una victoria limitada. La participación de última hora no podía esconder los términos del armisticio de 1940, que el resto de las potencias aliadas entendían como una posición cómoda, cuando no pasiva, ante el esfuerzo bélico de los comienzos de la guerra. También eran difíciles de restañar las profundas heridas producidas en el seno de la sociedad francesa, sensiblemente desgarrada por una guerra civil dentro de la guerra, desde 1943. Un porcentaje considerable de la ciudadanía era objeto de sospecha por su colaboración más o menos activa con los alemanes, por su adhesión o complacencia con el régimen de Vichy o, simplemente, por su pasividad.

Frente a este sector se levantaba la Francia resistente, producto en gran medida de la *última hora,* si tenemos en cuenta el raquitismo de la resistencia activa antes de 1943-1944. Una resistencia en la que, por debajo de las declaraciones de unidad y de las invocaciones a una renovación política del país, subyacían considerables divergencias. El grupo cuantiativa y cualitativamente más influyente de esa Resistencia se hallaba integrado por los comunistas. Habían pagado un alto precio en la sangre vertida por decenas de millares de militantes y deseaban convertir ese prestigio en capital político. Además, el partido comunista era la única organización vertebrada social y políticamente en una tupida red que engarzaba con las clases populares y los intelectuales antifascistas.

El resto de la resistencia no comunista miraba con temor el auge de sus coyunturales aliados, sin meditar suficientemente en el hecho de que los acuerdos de Yalta o de Potsdam les impedirían ascender a un poder que parecía estar al alcance de sus manos. Por otra parte, la vieja derecha tradicional había quedado desarticulada y sin la posibilidad de una respuesta política a corto plazo, debido a su compromiso más o menos declarado con el régimen del mariscal Pétain. La cuestión es que a la altura de 1945, los fundamentos sociales y políticos de la III República se habían hundido.

Quizás el horizonte menos oscuro para Francia era el económico, si establecemos una comparación con otros países combatientes. El armisticio de 1940 había evitado un caudal mayor de destrucción. El índice de pérdidas materiales per cápita, elaborado por la ONU, situaba a Francia muy por detrás de países como la Unión Soviética, Polonia, Yugoslavia o la propia Alemania. Más que destrucción cabe hablar de desarticulación económica, fruto de las imposiciones de la potencia ocupante entre 1940 y 1944 y por el clima de guerra civil del último año de la ocupación. Problemas monetarios, inflación descontrolada, dificultades del aparato productivo, colaboracionismo de la elite económica con las consiguientes repercusiones, los puertos del Atlántico inutilizables, el mercado interior alterado por las fragmentaciones administrativo-territoriales impuestas por los alemanes...

En suma, el término *reconstrucción* aplicable a la Francia de posguerra posee un contenido múltiple. En primer lugar, *reconstrucción política* sobre la base de la creación de un nuevo sistema, dado el irreversible hundimiento de las instituciones de la III República. Pero también, la búsqueda de una nueva *cohesión social* que superase la oposición colaboracionismo/resistencia. Por último, la *reconstrucción económica,* que necesariamente tendría que articularse en un contexto internacional de cooperación con otros países europeos y con los Estados Unidos.

En medio de esta compleja situación se sitúa la persona del general De Gaulle. Aunque su capital político era considerable, también lo era el de la Resistencia y, sobre todo, el de los comunistas. Así, el nacimiento del nuevo sistema político de la paz se encontraba mediatizado por el contraste de al menos dos proyectos políticos divergentes.

El tiempo que transcurre entre el final de la guerra y el 20 de enero de 1946, cuando De Gaulle presente su dimisión, se desarrolla en un marco de tensiones entre el general y los partidos políticos que encarnan el espíritu de la resistencia. Independientemente de su recelo hacia los partidos políticos, la cuestión es que De Gaulle hubiera deseado construir un movimiento político a su imagen y semejanza, que aglutinara a la sociedad francesa tras su ideal de una Francia

Arriba, el general De Gaulle y Leclerq son aclamados por la multitud en los Campos Elíseos de París, el 25 de agosto de 1944. Abajo, tribuna de honor en el desfile de la victoria en París: de izquierda a derecha, los generales Gerow, Le Troquer, Köenig, De Gaulle, Bradley y Hodges, en el mes de agosto de 1944

fuerte, que en los planos económico y social se sustanciaba en un nacionalismo económico. Una fórmula basada en la nacionalización de las grandes empresas implicadas en el colaboracionismo, y socialmente en la edificación de un sistema de protección social por el que el Estado se responsabilizaba de la suerte de los ciudadanos. Paradójicamente, el nacionalismo conservador de De Gaulle coincidía con el programa de la Resistencia en los planos económico y social, aunque la perspectiva ideológica fuese diferente. Entre diciembre de 1944 y octubre de 1945 el proyecto nacionalizador afectó a la gran industria y al sistema financiero, a la par que se creaba el sistema de Seguridad Social.

La soledad política

Si en la dimensión social y económica el ideario gaullista podía coincidir parcialmente con el programa de la Resistencia, no sucedía lo mismo en el plano político: el acusado parlamentarismo de los partidos de la Resistencia chocaba frontalmente con las tesis presidencialistas del general. Las urnas no fueron proclives a De Gaulle. Las elecciones de octubre de 1945 mostraron la debilidad extrema de la antigua derecha y de los radicales y el arrollador triunfo de los protagonistas de la lucha antialemana: comunistas, 26 por 100; socialistas 24; MRP, 23,6. Esta Asamblea Constituyente confirmó a De Gaulle como presidente del Gobierno Provisional. Sin embargo, el general no estaba dispuesto a convivir con una Asamblea Constituyente que redactaría una Constitución en radical contradicción con su ideario de un Estado fuerte.

El problema radicaba en que a la altura de 1946 el ciudadano francés tendía a vincular muchos de los postulados gaullistas con los principios que había impregnado a la *Revolución Nacional* del mariscal Pétain. Evidentemente no eran tiempos para el gaullismo, falto por otra parte de una fuerza política capaz de asumirlos y elaborarlos en forma de proyecto político sustancialmente diferente del nacionalismo antiparlamentario y antirrepublicano de Pétain. Consciente de su soledad política, el general De Gaulle presentó su dimisión el 20 de enero de 1946. Aprovechó su desacuerdo sobre el tema de la financiación de la Defensa nacional para manifestar su profunda discrepancia con el rumbo del sistema político de la naciente IV República, expresada en sus palabras: *¿Queremos un gobierno que gobierne o una Asamblea omnipotente?*

El 16 de junio en su célebre discurso de Bayeux, De Gaulle insistía en su oposición hacia los fundamentos políticos de la IV República: *Es únicamente del jefe del Estado, colocado más allá de los partidos, de quién debe proceder el poder ejecutivo. Seamos bastante lúcidos y bastante fuertes para darnos unas reglas de la vida nacional que tiendan a unirnos cuando estamos al borde de la división y el enfrentamiento. Toda nuestra historia transcurre entre momentos de inmensos dolores cuando el pueblo se dispersa y momentos de fecundas grandezas cuando la nación libre se agrupa bajo la égida de un Estado fuerte.*

Así comenzaba lo que se ha denominado la *travesía del desierto*, que duraría doce años para el general, durante los que redactó sus *Memorias de guerra* e intervino ocasionalmente en algunos debates con el fin de crear estados de opinión. A este respecto resulta significativa su posición contraria al Tratado de la Comunidad Europea de Defensa, que pretendía crear un Ejército europeo integrado. De Gaulle dejaba clara su postura sobre las cuestiones tocantes a la supranacionalidad: *Es preciso que Francia tenga una espada, pero es necesario que sólo sea la suya.*

Habrá que esperar a 1958, momento en el que De Gaulle será llamado de nuevo al poder por la elite política de una IV República agonizante. Paradójicamente, De Gaulle había intentado antes jugar un papel político dentro del sistema, mediante la creación de un partido: el 14 de abril de 1947 nacía el *Rassemblement du Peuple Français* (RPF), que, aglutinando los votos de la derecha conservadora, consiguió un éxito relativo en las elecciones municipales de aquel año y un brillante resultado en las legislativas de 1951 con el 21,6 por 100 de los votos; no obstante, por debajo del 26,9 por 100 del partido comunista. Pero el sistema electoral mayoritario limitó su número de escaños a 117. Ello no supuso, pues, la consolidación de un proyecto político alternativo a la IV República, por lo que el general terminó por dejar plena libertad a los parlamentarios del RPF, que actuaron como una especie de *quinta columna* gaullista dentro del sistema.

Cronología

1890. *Nace Charles De Gaulle en Lille, el 22 de noviembre.*

1910. *Ingresa en la Academia Militar de Saint Cyr.*

1913. *Destino, como teniente, en un regimiento de Arras. Su superior es el coronel Pétain.*

1914-18. *Durante la guerra, es herido tres veces. Prisionero durante la batalla de Verdún, es internado en el campo de Ingolstadt.*

1919-20. *Interviene en la campaña de Polonia para contener al Ejército Rojo.*

1921. *Contrae matrimonio con Yvonne Vendroux. Es profesor de Historia en la Academia de Saint Cyr.*

1922. *Ingresa como profesor en la Escuela Superior de Guerra.*

1924. *Comandante en el ejército de ocupación del Rhur. Publica* La discorde chez l'ennemi —La discordia entre el enemigo.

1925. *Promovido por el mariscal Pétain, es nombrado miembro del Consejo Superior de la Guerra. Ya teniente coronel, actúa en una misión en Oriente Medio —Beirut—. A su regreso, es secretario general de la Defensa.*

1927-29. *Comandante de las fuerzas de ocupación en el Rhur.*

1932. *Publica* Le fil de l'epée —El filo de la espada.

1934. *Publica* Vers l'armée de métier —Hacia el ejército profesional.

1936. *Destino en los ejércitos del Rhur.*

1937. *Es promovido a coronel y destinado al regimiento de carros de combate de Metz.*

1938. *Publica* La France et son armée —Francia y su ejército.

1939. *El 1 de septiembre comienza la Segunda Guerra Mundial. En Francia se inicia la* drôle de guerre *—la* guerra tonta.

1940. *Ante el ataque alemán de mayo, recibe el mando de una unidad acorazada y en Laon se enfrenta a las fuerzas de Guderian. Ascendido a general, es nombrado subsecretario de Defensa del Gobierno Reynaud. Tras el hundimiento militar marcha a Londres y lanza —el 18 de junio— su* Appel —Llamada— *a los franceses, base de la organización* Francia Libre. *Fin de la III República e instauración del* Estado Francés *encabezado por Pétain. Francia, dividida.*

1941. *La invasión alemana de la Unión Soviética lanza a los comunistas franceses a la resistencia.*

1942. *Desembarco aliado en Africa del Norte. Los alemanes invaden la zona* no ocupada *de Francia.*

1943. *Traslada al liberado Argel el Comité Francés de Liberación Nacional, que preside. En el interior de Francia, formación del Consejo Nacional de la Resistencia.*

1944. *Tras la liberación, regresa con su Gobierno a Francia, el 9 de septiembre. La Asamblea Nacional le nombra jefe del Gobierno y es reconocido por los Aliados.*

1945. *Un juicio condena a muerte a Pétain, que fallecerá en su confinamiento en julio de 1951.*

1946. *El 20 de enero abandona sorpresivamente su cargo: inicio de la* travesía del desierto. *Nace la IV República Francesa (noviembre).*

1947. *Crea su propio partido, el* Rassemblement du Peuple Français, RPF —Reunión del Pueblo Francés.

1951. *El* Rassemblement, *presente en la Asamblea Nacional tras la celebración de elecciones generales.*

1954. *La Conferencia de Ginebra pone fin al dominio francés en Indochina. Inicio de la guerra de independencia de Argelia.*

1955. *Disuelve el* Rassemblement du Peuple Français.

1958. *Tras el* putsch *de Argel, es llamado a formar Gobierno el 1 de junio. Triunfo en el referéndum de septiembre, ratificado por las elecciones de noviembre. El 21 de diciembre es presidente de la República.*

1959. *El 8 de enero nace la V República Francesa.*

1960. *Con el volumen titulado* Salvation —Salvación— *concluye la redacción de sus memorias:* L'Appel —La Llamada— *1940-42;* L'Unité —La Unidad— *1942-44;* Le salut —El saludo— *1944-46. Proceso descolonizador.*

1962. *Solución del problema argelino. Comienza a sufrir una serie de atentados contra su vida organizados por la OAS.*

1964. *Independencia en política exterior: reconocimiento diplomático de la China comunista.*

1965. *Es reelegido para la presidencia, frente a François Mitterrand, en los comicios de diciembre.*

1966. *Francia abandona la estructura militar de la OTAN. Visita Moscú y critica la política USA en Vietnam.*

1967. *En Canadá apoya a los independentistas de Quebec.*

1968. *Primera explosión nuclear francesa. Sucesos de mayo y arrollador triunfo electoral.*

1969. *El 28 de abril fracasa el referéndum sobre ordenación regional y reforma del Senado. Se retira definitivamente de la vida pública.*

1970. *Tras efectuar sendos viajes a Irlanda y España —donde se entrevista con el general Franco— muere el 9 de noviembre en su retiro de Colombey les-deux-Eglises.*

Teoría y realidad de la inestabilidad de la IV República

Se ha insistido que una de las razones principales del retorno de De Gaulle en 1958 radicó en las deficiencias del sistema de la IV República para asegurar una estabilidad política. Todo ello derivado de un excesivo predominio del legislativo, en un marco de partidos fragmentado, en posiciones ideológicas contrapuestas, que dificultaba la consecución de mayorías estables de gobierno y que limitaba la capacidad de arbitaje del presidente de la República, convertido en una figura meramente simbólica. Es decir, estaríamos ante un modelo político en clara contraposición al presidencialismo gaullista. En este contexto, la permanente confrontación política *ralentizaría* la toma de decisiones en cualquier dimensión de la vida pública interior o exterior en un momento en que las necesidades económicas, sociales y exteriores exigían una mayor eficiencia en la toma de decisiones.

Sin embargo, la inestabilidad resulta más aparente que real. Entre 1947 y 1958 hubo una continuidad de las elites políticas en las múltiples combinaciones gubernamentales practicadas. Este continuismo aseguró la consecución de brillantes resultados en cuestiones económicas y sociales, además de incorporar a Francia, en una posición ventajosa, a la construcción europea. Bajo una Constitución parlamentaria, la IV República funcionó hasta 1947 sobre la base de los tres partidos de la Resistencia.

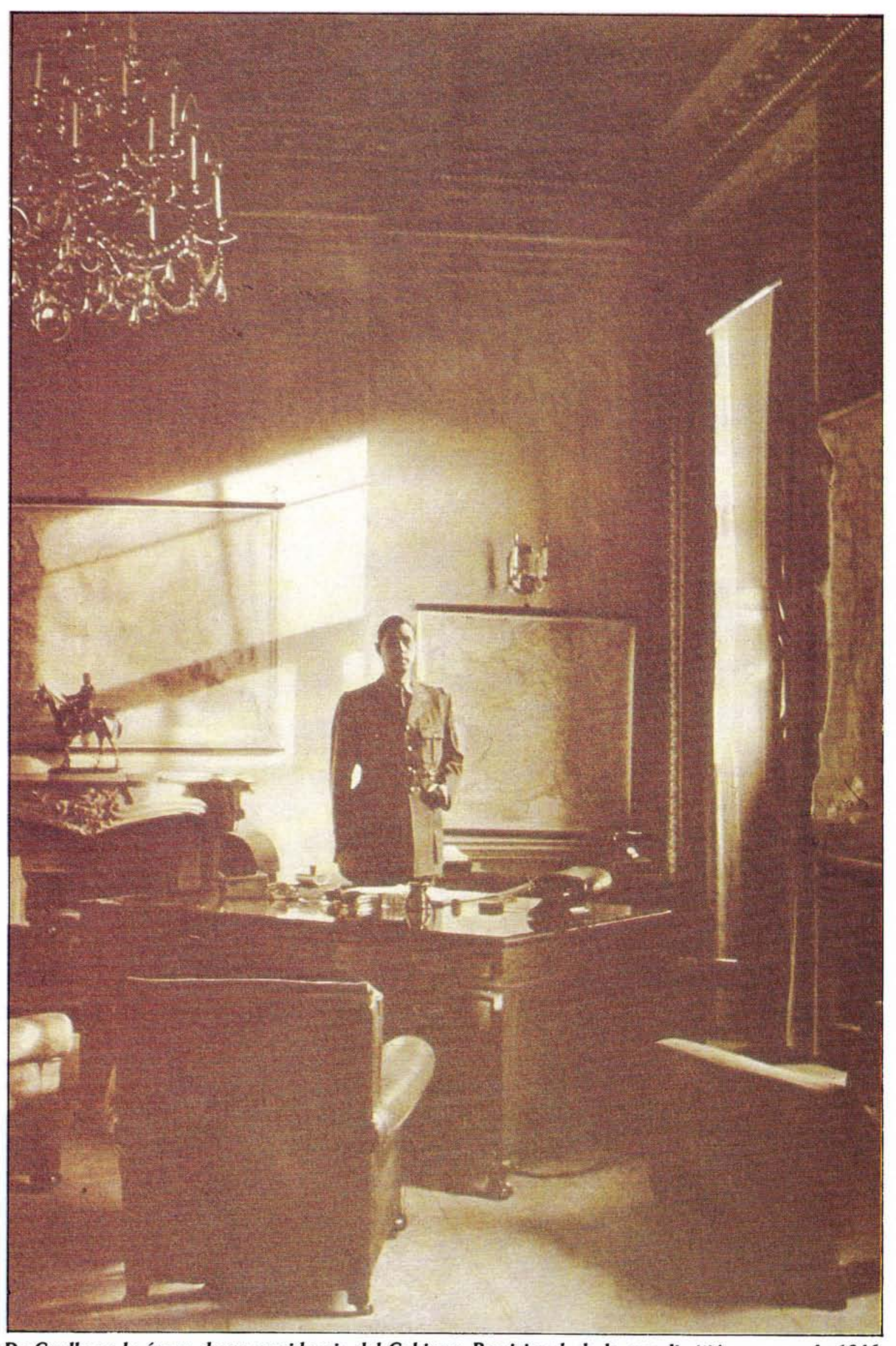
La cristalización de la guerra fría y la consiguiente expulsión de los comunistas del gobierno en 1947 redujo considerablemente las posibilidades de constituir Gobiernos estables, si se tiene en cuenta que los comunistas eran la primera fuerza política de Francia por el número de votos y el elevado grado de su articulación social, a través de un complejo y sólido entramado de organizaciones de todo tipo, desde los sindicatos a los movimientos ciudadanos. Esta exclusión llevaría a los comunistas a una situación de oposición permanente, alimentada por el alineamiento del PCF con la Unión Soviética, dentro de la dinámica de la guerra fría.

Otra disidencia de distinto signo fue la gaullista. Aquí no cabe hablar de exclusión sino de una estrategia calculada de socavamiento de las directrices políticas de la IV República. Sería incorrecta cualquier interpretación que sitúe el retorno de De Gaulle en 1958 como fruto de una coyuntura precisa determinada por el avispero argelino. La actitud primero del RPF y luego de los parlamentarios independientes gaullistas siempre estuvo dirigida a obstruir las líneas maestras de la política exterior de los diferentes Gobiernos: se consideraba lesivo para la *grandeur de la France* el alineamiento estricto con Estados Unidos, la incorporación a la OTAN, la política de descolonización, las relaciones franco-alemanas y, en general, la forma de conducir el proceso de integración económica, desde la CECA al Tratado de Roma de 1957, debido a sus contenidos supranacionales.

Hay que añadir, por último, otro elemento de inestabilidad: la estructura de los partidos que formaban parte de las distintas combinaciones gubernamentales, desde el MRP al partido socialista (SFIO), pasando por los moderados o los radicales. Se trata de partidos poco cohesionados internamente, sujetos a permanentes disputas provocadas por un clientelismo local, regional y personal que hace prevalecer la lógica de las *baronías* en detrimento de la cohesión, favoreciendo el alejamiento respecto de sus bases sociales y electorales. La Francia de la IV República no poseyó nunca un partido aglutinante, al estilo del de los radicales franceses de la III República o de la Democracia Cristiana en la Italia de la posguerra.

Sin embargo, resulta innegable el éxito económico del sistema. La Francia que heredará De Gaulle en 1958 será un pálido reflejo del desbarajuste económico de los años 1945-1947. El abandono de los gaullistas y comunistas del poder había facilitado las cosas permitiendo la adopción de un modelo de política económica acorde con la estrategia americana y con su máximo exponente: el *Plan Marshall*. Como hemos señalado anteriormente, el modelo económico del general De Gaulle, postulado en 1945, entremezclaba las reivindicaciones del mundo de la resistencia y la filosofía del nacionalismo económico. Un modelo excesivamente intervencionista y con marcada tendencia a la autarquía, que posiblemente hubiera dificultado la rápida reconstrucción registrada en el período 1947-1952 y, sobre todo, entraba en disonancia con las previsiones norteamericanas más proclives a la apertura económica y a la consolidación de un sistema de cooperación a escala internacional.

En tiempos de la IV República, Francia



De Gaulle en la época de su presidencia del Gobierno Provisional, de la que dimitió en enero de 1946

aceleró la etapa de reconstrucción, modernizó su infraestructura productiva, puso en marcha el Estado del bienestar, siguiendo las pautas en este aspecto del gobierno presidido por De Gaulle que había instaurado el primer régimen global de Seguridad Social. Quizás el aspecto más importante fue que Francia a partir de 1947 se incorporó sin ambages a la política de integración europea, jugando la carta de la supranacionalidad, tan lejana del pensamiento gaullista. Por supuesto, esta onda integradora se articulaba en los nuevos aires de cooperación occidental-atlántica dominantes desde 1945. En la constitución de las Naciones Unidas se habían tenido en cuenta las carencias de la Sociedad de Naciones en materia económica. La creación del sistema monetario de Bretton Woods y su cobertura institucional del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, unido a la constitución del GATT y de la UNCTAD —estas dos instituciones bajo la égida de las Naciones Unidas— crearon además de la infraestructura institucional un estado de opinión propicio para alcanzar mayores cotas de integración.

En estas coordenadas se inscribe la creación en la inmediata posguerra de la Unión Europea de Pagos y de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE). No había dudas, los políticos del período 1945-1950 habían extraído profundas enseñanzas de la *débâcle* económica posterior a la Primera Guerra Mundial, provocada por la intransigencia de un sector de los aliados —sobre todo, Francia— frente a Alemania. Parecía que las elites políticas habían leído y reflexionado sobre la obra de Keynes *Las consecuencias económicas de la paz.* Las conversaciones franco-alemanas dieron como resultado la constitución por el tratado de París de 1952 de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). El Benelux, Alemania, Italia y Francia creaban un mercado común para la siderurgia y la energía. Lo importante era el fuerte contenido supranacional, al proveerse de instituciones propias, que tenía el nuevo espacio económico.

La Francia que heredará De Gaulle en 1958 se inscribía en una de las etapas de esplendor económico más rotundas de la historia del siglo XX. Cualquier *ratio* que se considere en este sentido conduce a la línea básica de la modernización del país. La adopción de los parámetros del Estado del bienestar keynesiano, que en temas sociales representaba una natural continuidad de los programas de la Resistencia, transformó de raíz la sociedad francesa. Surgía una nueva clase media, deseosa de estabilidad a todos los niveles y, sobre todo, en el político. Será esta clase media a quien se dirigirá De Gaulle y será de esta clase media de quien De Gaulle recibirá sus apoyos fundamentales. Paradójicamente, serán los hijos de estas nuevas clases medias quienes le cuestionarán decisivamente en las barricadas de mayo de 1968. Que el mundo de la Universidad fuera capaz de hacer tambalear las instituciones de la República demostraba a las claras la profundidad de la mutación social. La masificación de la Universidad, ya lejana de una clientela de elites económicas, era uno de los mayores resultados de la consolidación del Estado del bienestar en Francia.

El avispero de la cuestión colonial

El *talón de Aquiles* de la IV República fue, sin duda, el tema de la descolonización. Los políticos del sistema hubieran deseado crear una organización imperial similar a la Commonwealth británica; sin embargo, los elementos de integración existentes entre el mundo colonial francés y la metrópoli distaban de hacer posible esta alternativa. El tema indochino se resolvió, tras la humillante derrota de Dien Bien Phu, frente al Vietminh de Ho Chi Minh, en los acuerdos de Ginebra de 20 de julio de 1954, por los que Vietnam quedaba dividido en dos Estados por el paralelo 17; al norte, la República Popular y al sur, un régimen inestable bajo influencia norteamericana. En el Magreb, después de unos vanos intentos de instaurar regímenes de *autonomía interna,* Túnez y Marruecos obtuvieron en 1956 su independencia.

Otro contexto diferente se desprende del atolladero argelino, donde la presencia de una cohesionada sociedad de colonos franceses, los *pieds noirs,* dificultará enormemente el proceso descolonizador. Secularmente, la política hacia Argelia había sido la de la asimilación, controlada por los colonos. En estas condiciones las primeras propuestas desde el lado argelino planteaban la asimilación total, solicitando la conversión de la colonia en provincia francesa. Habrá que esperar a febrero de 1943, para que Ferhat Abbas publique *El manifiesto del pueblo argelino,* que, rechazando la política



De Gaulle, rodeado por la multitud tras el mitin del 4 de septiembre de 1958 en la plaza de la República

de asimilación, exigía, para la inmediata posguerra, la constitución de un Estado argelino autónomo. Las manifestaciones populares de mayo de 1945 se saldaron con una represión extrema que, al menos, causó 5.000 muertes de musulmanes. El fracaso del reconocimiento de una limitada autonomía para Argelia de 1947 incrementó las tensiones. Finalmente, las diferentes organizaciones independentistas argelinas constituyeron en 1954 el Frente de Liberación Nacional (FLN).

Era el comienzo de una guerra de liberación con algunos contenidos de guerra civil, que acabaría por desgarrar a la sociedad francesa metropolitana. Desde 1955, los diferentes gobiernos de París, bajo distintas formas que incluían la posibilidad de aceptar la *personalidad argelina,* fueron partidarios del principio de una *Argelia francesa,* a la par que los *pieds noirs* cada vez influían más decisivamente en las directrices políticas de los gobernadores enviados por la metrópoli. Como contrapartida, el FLN endureció sus posiciones, sobre todo a partir de su congreso de agosto de 1956. Un momento álgido es la batalla de Argel, entre enero y septiembre de 1957. En términos generales, el tema argelino recrudeció el nacionalismo de la derecha francesa frente a una izquierda afectada por la política represora dirigida contra la comunidad musulmana.

En suma, unos gobiernos desbordados y sin plantear soluciones operativas, una sociedad metropolitana dividida y un ejército colonial incapaz de resolver militarmente el conflicto. Todo ello desembocó en el golpe de fuerza del 13 de mayo de 1958: el Ejército y los representantes políticos de los colonos crearon en Argel un Comité de Salud Pública bajo la presidencia del general Massu. En connivencia con los medios gaullistas metropolitanos, dos días después el general Salam lanzaba desde Argel un *appel* al general De Gaulle, conteniendo una amenaza velada de guerra civil. El general respondió que estaba

dispuesto a asumir inmediatamente los poderes de la República. El 1 de junio de 1958, por 329 votos contra 224, es decir, con la oposición de comunistas y algunas diputados de las minorías socialista y radical, la Asamblea invistió a De Gaulle como jefe del Gobierno, el último de la IV República, obteniendo por seis meses el derecho de gobernar por decreto. La ley de 3 de junio de 1958 le concedía el poder de elaborar un proyecto de Constitución para someterlo a referéndum. La IV República había muerto.

La IV República llama a De Gaulle

De Gaulle llegaba de nuevo al poder con la aquiescencia de la elite política gobernante de la IV República. Los resultados de su investidura no podían ser más elocuentes: de hecho había quedado perfilada una mayoría gaullista que acabaría configurando un partido político afín. Además de los independientes gaullistas, que habían actuado a la manera de francotiradores, antiguos radicales, socialistas hasta ayer, la derecha clásica y algún miembro de la extrema derecha, cerraban filas alrededor del general. Enfrente sólo tenía como grupo sólido de oposición a los comunistas, a los que la expulsión del gobierno de 1947 y la guerra fría les había dado cohesión y les había evitado el coste político de gobernar.

Quien había quedado triturado por su indefinición ideológica, por el coste de gobernar y por sus disensiones internas era la SFIO. Los socialistas iniciarían ahora su propia *travesía del desierto,* buscando unas señas de identidad y una personalidad con el suficiente carácter como para aglutinar y elaborar un nuevo discurso político capaz de presentar a medio plazo una alternativa al gaullismo. Esa figura sólo empezaba a vislumbrarse, se llamaba François Mitterrand, que con los socialistas opuestos al gaullismo y otros políticos de la izquierda, crearía, a través de la Unión de Fuerzas Democráticas, las bases para el resurgimiento del partido socialista muchos años después. Una minoría socialista más recalcitrante a base de intelectuales marxistas, distantes del modelo soviético, fundarían el Partido Socialista Unificado. Una de cuyas figuras claves, Michel Rocard, terminaría con el tiempo por confluir en el círculo de Mitterrand.

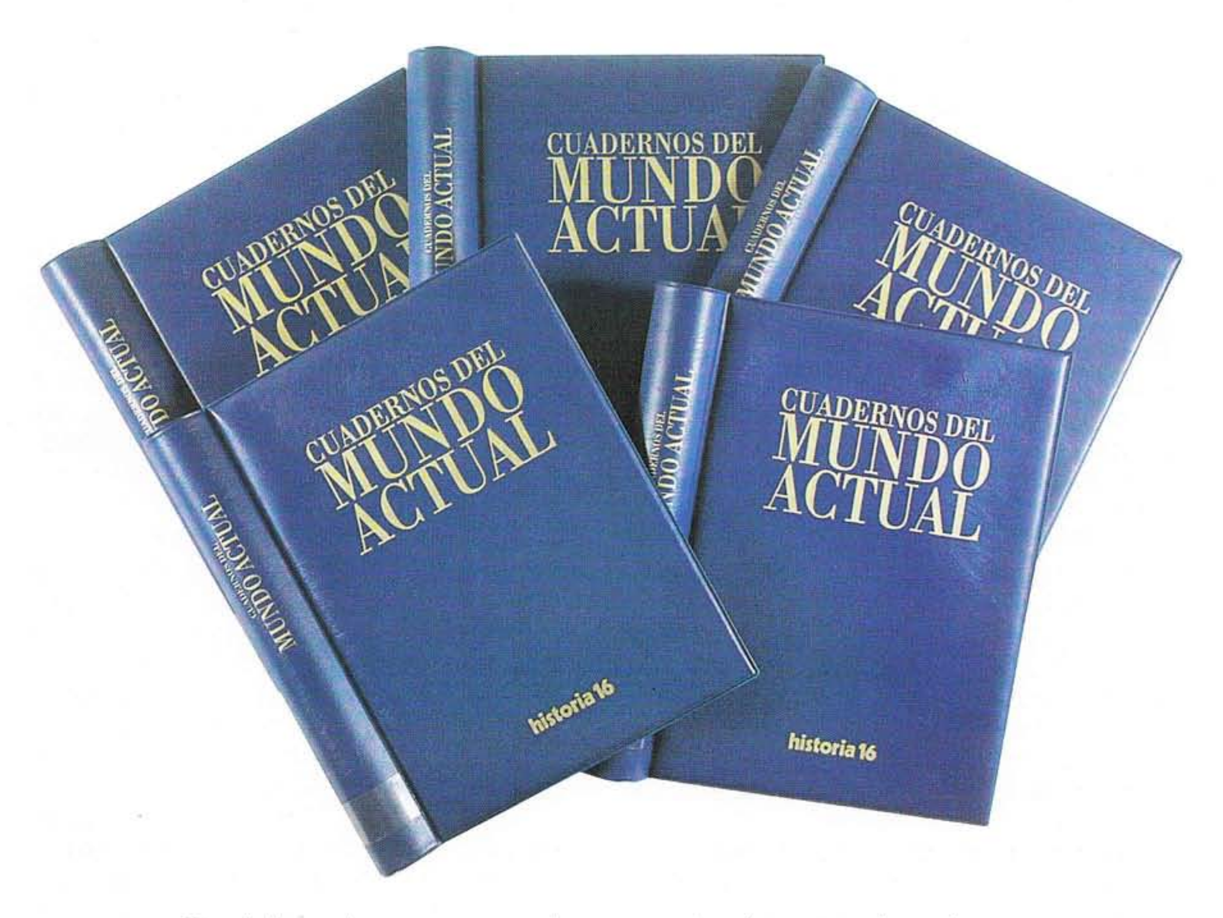
Por el momento, De Gaulle se sentía indiscutible. Había llegado la hora de echar las bases del gaullismo, entendiendo como tal la creación de un sistema político que ensamblara principios y valores contrapuestos, pero que los avatares políticos habían ido uniendo en la mente del general. En efecto, De Gaulle era autoritario por militar, nacionalista por convicción, católico por creencia, republicano por su conversión en tiempos de la resistencia a la ocupación. Cuatro elementos que intentaría combinar con los valores republicanos de siempre. Como contrapunto, el recelo, cuando no rechazo, de los partidos políticos como principales gestores de la cosa pública. Esta era una constante que se había desarrollado en el tiempo sin cambiar un ápice desde la época anterior a la Segunda Guerra Mundial. Había despreciado a los partidos de la III República. Se había sentido muy lejano de los partidos del Frente Popular. No había comprendido las disputas entre los partidos de la Resistencia. Se había negado a aceptar el predominio de los partidos en el marco de la Constitución de la IV República. Y el desarrollo de esta última le había confirmado lo que él entendía como egoísmo de los partidos, incapaces de comprender el superior valor del patriotismo.

Y es que a De Gaulle le hubiera gustado ser Pétain, porque en realidad lo que intentaba era conciliar ciertas máximas de la *Revolución Nacional* de los años 1940-1944 con el espíritu republicano. Aquí los símbolos adquieren todo su valor sociológico: el proyecto de la nueva Constitución presidencialista fue presentado a la opinión pública en un gran mitin en la plaza de la República, el 4 de septiembre de 1958, el aniversario de la proclamación de la República por Gambetta en 1870, ante sus masas de apoyo, las clases medias parisinas.

El presidencialismo de la V República

Efectivamente, el proyecto de Constitución poseía un marcado tinte presidencialista, más que por el propio texto por la práctica constitucional desarrollada posteriormente. La nueva Constitución partía de varios fundamentos: *Sólo el sufragio universal es fuente de poder; el poder ejecutivo y el poder legislativo deben estar efectivamente*

Para consultarlos mejor



Desde hace algunas semanas hemos puesto a la venta en los quioscos las TAPAS para autoencuadernar los CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL. El precio de venta al público de cada tapa es de 950 pesetas. Si usted prefiere recibirlas cómodamente en su casa (sin gastos de envío) basta que rellene el cupón adjunto. El pedido mínimo debe ser de cinco tapas.

Recorte este cupón y envíelo a: HISTORIA 16. Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid.

Deseo recibir cinco tapas de CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL por un importe total de 4.750 pesetas.

La forma de pago que elijo es la siguiente:

☐ Talón adjunto a nombre de INFORMACION E HISTORIA, S. L.

☐ Giro postal a INFORMACION E HISTORIA, S. L. Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid.

Don: ....

Calle: ....

D. P.: .... Localidad: ....

Esta oferta es válida sólo para España.

separados; el Gobierno debe ser responsable ante el Parlamento. Este último punto queda matizado por los dos anteriores y por las prerrogativas que se conceden al presidente de la República hasta configurar *un régimen parlamentario sin soberanía del Parlamento,* en palabras de François Goguel.

El presidente, según el artículo 5, *asegura por su arbitraje el funcionamiento regular de los poderes públicos, así como la continuidad del Estado.* Nombra al primer ministro, lo que en la práctica establece una especie de doble responsabilidad del Gobierno: ante el Parlamento y ante el presidente. El jefe del Estado puede *someter a referéndum todo proyecto de ley relativo a la organización de los poderes públicos* y, por el artículo 16, puede ejercer poderes excepcionales en caso de crisis grave. Por otra parte, el Gobierno puede solicitar del Parlamento la autorización para gobernar por decreto. Si a todo ello unimos las dificultades a la hora de una moción de censura o el papel del Consejo Constitucional, tendremos como resultado que la Constitución gaullista se alejaba enormemente del parlamentarismo de la tradición republicana. Se inauguraba, pues, un sistema político a la vez presidencialista y parlamentario. La Constitución fue sometida a referéndum el 28 de septiembre de 1958, con un índice de abstención que apenas superaba el 15 por 100. Los votos afirmativos sobrepasaron el 79 por 100, lo que parece señalar el consenso social alrededor del general. A pesar de la propaganda en favor del *No* del PCF y de algunas personalidades de la izquierda, se ha calculado que aproximadamente un millón y medio de votantes comunistas se pronunciaron a favor de la Constitución.

El final de la guerra de Argelia

Asentar la V República dependía de algo más que de una Constitución: era preciso resolver definitivamente la enconada cuestión argelina. Hasta su resolución en 1962 por los acuerdos de Evian, el general contempló el tema desde todos los posibles ángulos de vista: Argelia francesa, Argelia autónoma, Argelia autodeterminada pero vinculada a Francia y Argelia independiente. Secuencia determinada por el curso de los acontecimientos en la colonia. El recrudecimiento de la guerra entre colonos y ejército, de una parte, y el FLN, de otra, llegó a su máximo en el *putsch* de Argel del 22 al 25 de abril de 1961, en un momento en el que los colonos más activistas, en connivencia con miembros de las fuerzas armadas, habían constituido el grupo clandestino *Organisation de l'Armée Secrète (OAS),* atravesado de contenidos fascistas y escuchado por los grupos de extrema derecha metropolitana.

Pocos meses antes, el 8 de enero, un referéndum había aprobado con el 75 por 100 de los votos la autodeterminación de Argelia. En definitiva, la V República decidió dar por terminada la cuestión argelina en aras de conseguir una estabilidad política interior. La conferencia de Evian con el FLN sentó las bases de la retirada francesa. El 8 de abril un nuevo referéndum en la metrópoli ratificaba los acuerdos con el 91 por 100 de votos a favor. Finalmente, el 3 de julio Francia reconoció la independencia de Argelia, en un clima de descomposición de la sociedad de los *pieds noirs* y de máximo terrorismo de la *OAS.* Más de un millón de personas tuvo que abandonar precipitadamente Argelia. Mayores logros se consiguieron en la independencia de las restantes colonias francesas del Africa negra, manteniendo lazos económicos y culturales con la antigua metrópoli, bajo la forma de una comunidad de Estados francófonos.

La elección del Presidente por sufragio universal

Haciendo la salvedad de las minorías de extrema derecha, De Gaulle salió reforzado del fin de la guerra de Argelia. Incremento del capital político que se tradujo en el fortalecimiento de la institución presidencial. El Gobierno elaboró un proyecto, mal recibido por el Parlamento, para someter a referéndum la elección del presidente de la República por sufragio universal. El 28 de octubre de 1962, el 62 por 100 de los votantes aprobó el proyecto gaullista. Los resultados no escapaban a la tendencia a la baja respecto de anteriores consultas. Hecho confirmado en las inmediatas elecciones parlamentarias del 18 y 25 de noviembre, donde a pesar del nuevo sistema electoral de doble escrutinio uninominal mayoritario a dos vueltas, los gaullistas, bajo las siglas Unión Nacional Republicana-Unión Democrática



De Gaulle tuvo que ahormar su concepto de* la grandeur *con otras realidades, CEE y OTAN, por más que las modificara en parte, como en el caso de la OTAN. En la foto, con el presidente del Eire, De Valera

del Trabajo (UNR-UDT), así como los independientes afines, no consiguieron sobrepasar el 42 por 100 de los votos, lo que sin embargo se tradujo en una cómoda mayoría de 233 escaños.

Empezaba a cuartearse el consenso nacional en torno a De Gaulle, a la par que los comunistas seguían conservando sus bastiones históricos y la nueva izquierda agrupada por Mitterrand empezaba a consolidarse. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales del 5 de diciembre de 1965, De Gaulle quedó en *ballottage* frente al candidato único de la izquierda, François Mitterrand. En la segunda vuelta, De Gaulle obtuvo el 54,5 por 100 de los votos frente al 45,5 del candidato de la izquierda.

Se observaba pues una bipolarización política cada vez más acusada en el seno de la sociedad francesa. En parte explicada por el mantenimiento de la influencia comunista y por la reorganización llevada a cabo por Mitterrand, pero también porque un sector de la ciudadanía entendía como excesivo el poder personal del general y su tendencia a reforzarlo. Se percibía como algo contrario a los valores republicanos. El propio Mitterrand se había presentado en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 1965 como el candidato republicano y sus discursos habían insistido en la necesidad de unir el republicanismo frente a la pendiente gaullista hacia una dictadura constitucional. Los resultados favorecieron la unificación de la izquierda no comunista con la constitución de la Fédération de la Gauche Démo-

crate et Socialiste (FGDS), verdadero embrión del partido socialista posterior.

Una situación política basada en cuatro grandes grupos: el gaullismo, el centro democrático de Jean Lecanuet, el FGDS y el PCF. Los gaullistas precisaban del partido de Lecanuet para asegurar su control parlamentario, mientras que la necesidad de una alternativa al gaullismo favorecía la aproximación entre el FGDS y el PCF. Bipolarización confirmada en las elecciones legislativas de marzo de 1967, que prácticamente acabaron en empate entre los dos grandes bloques de alianzas. Una división de la sociedad francesa, que anticipa algunos de los avatares del *Mayo del 68*.

La política exterior de la V República

La política exterior de la V República discurrió, con muchas matizaciones, por los cauces abiertos por su antecesora, afirmación que puede parecer demasiado tajante para quienes insisten en los componentes innovadores del gaullismo en esta materia. La concepción, atravesada de nacionalismo, que De Gaulle tenía sobre *la grandeur de la France,* topaba con realidades ya plenamente asentadas. En el tema europeo conviene recordar que el Tratado de Roma se había firmado en 1957, un año antes de la subida de De Gaulle al poder, como consecuencia de casi un decenio de estrecha cooperación económica entre Francia y Alemania y de la consecución de diversos niveles de integración desde la creación de la CECA en 1951. Independientemente de cualquier discurso contra la supranacionalidad, la evidencia tangible era que las sucesivas formas de integración logradas ya habían supuesto la puesta en marcha de una dinámica irreversible. La política gaullista matizó más que otra cosa: la idea de confederación frente a la hipótesis de una unión económica o política, pero se ratificó el Tratado de Roma.

Similares lecturas se hacían respecto a la política de defensa. La IV República había incorporado plenamente a Francia al sistema político y militar de la OTAN. La idea gaullista era bien distinta. Más que un antiamericanismo militante, se trataba de desarrollar el sistema militar francés, la *force de frappe,* como sedimento de una futura organización europea de defensa, bajo la égida francesa, que sustituyese el predominio norteamericano. Sin embargo, aquí también cabe hablar de continuidad respecto de la IV República. Al fin y al cabo la incorporación de Francia al *club atómico* se había producido en los años cincuenta, al igual que la modernización del Ejército, prácticamente deshecho durante la Segunda Guerra Mundial. De Gaulle siguió practicando esta política acompañada de la salida del mando integrado de la OTAN en 1965.

La prosecución de una plena soberanía política en el plano internacional, aunque tuvo en cuenta realidades preexistentes, fue mal digerida por Washington, sobre todo cuando esta práctica se vio adobada de otras decisiones más marginales, pero cargadas de un alto valor simbólico, como el abandono del *pool* del oro, que dejó al dólar norteamericano desprovisto de los diques de contención previstos en los acuerdos de Bretton Woods. La relativa aproximación a la Unión Soviética hay que entenderla en la política de equidistancia que permitiera un papel más activo a la diplomacia francesa.

De Gaulle, cuestionado

Se ha insistido mucho en la relación que existe entre las barricadas de mayo de 1968 y la definitiva decadencia de De Gaulle. Sin embargo, conviene establecer algunas consideraciones. La tendencia a la baja del gaullismo se venía produciendo desde 1962, momento de la reforma constitucional sobre la elección del presidente por sufragio universal. El peligro de un excesivo presidencialismo creó el caldo de cultivo para la reorganización de la izquierda no comunista y para la consecución de unas mejores relaciones entre ésta y el PCF.

Por otra parte, la mayoría gaullista era mucho más inestable que lo que pueden indicar los resultados electorales. Muchos gaullistas se habían situado detrás del general por el capital político conseguido por éste en la resolución de la cuestión argelina. Pero también muchos gaullistas se sentían incómodos por lo que consideraban un abandono paulatino de la tradición parlamentaria de la República. De hecho, la inestable unidad en el campo gaullista quedaba puesta de manifiesto en el tema de la unidad europea o en la política de defensa preconizada por el general. Al menos existían tres gau-

Arriba, De Gaulle en uno de sus arrolladores discursos de 1958, el año de su retorno al poder. Abajo, en uno de sus momentos apoteósicos: su visita a Quebec, 1967, cuando proclamó ¡Viva Quebec libre!



1968: de nuevo, la soledad del presidente. En el clima del «Mayo» parisino, Charles de Gaulle visita la RFA

llismos: uno, más conservador y nacionalista, muy vinculado por razones personales e ideológicas al general; otro, más centrista, que se declaraba republicano, europeísta y parlamentario y, por último, un pequeño fragmento de los autoproclamados gaullistas de izquierdas, la UDT, que consideraban insuficiente la política social del presidente.

Existían dudas razonables de si De Gaulle iba a acentuar en un futuro sus distancias con la Asamblea Nacional, es decir si la reforma de 1962 era la conclusión de un proyecto político o el eslabón de una cadena que abriría nuevos horizontes al reforzamiento del poder presidencial. Ante esta disyuntiva, el conjunto de la elite política, antes o después, acabaría por desplazar al general, aunque continuara reclamando su nombre y proyectándolo hacia el futuro.

En las barricadas de mayo del 68 existen muchos puntos oscuros todavía por analizar. Se ha definido como una rebelión estudiantil de los hijos de las nuevas clases medias, insatisfechos con el sistema globalmente considerado y con la pretensión de ofrecer alternativas, en un contexto similar al de otras respuestas contraculturales, como la de Berkeley. Sería interesante analizar 1968 desde otros parámetros políticos. En todo caso, los siguientes ingredientes estaban presentes en aquella primavera: el desasosiego norteamericano por la política del general; el despertar de la izquierda clásica puesto de relieve en los apretados resultados electorales de 1967; el desajuste entre política social y crecimiento económico, con el consiguiente malestar de las clases trabajadoras, fuertemente cohesionadas en el modelo francés; el distanciamiento silencioso de algunos sectores gaullistas con respecto al general.

Con este telón de fondo, que apenas roza los primeros estallidos estudiantiles, la rebeldía del 68 adquirió unas dimensiones no previsibles. De la rebelión estudiantil se pasó a la movilización sindical y política de la izquierda. Un rosario de huelgas paralizó Francia, en masiva contestación social que se tradujo en el cierre de filas temporal del conservadurismo francés alrededor de De Gaulle. Aplacadas las iras de mayo, las inmediatas elecciones proporcionaron a De Gaulle su triunfo electoral más aplastante. El conjunto de razones apuntadas explican que también supusiera su canto de cisne. Pocos meses después, la presentación a referéndum de un proyecto de reforma del Senado y sobre la regionalización fue valorado como un nuevo intento de fortalecer el poder presidencial. Ciertos sectores gaullistas propugnaron el *No*. Y, efectivamente, De Gaulle perdió el referéndum del 27 de abril de 1969, presentando la dimisión pocas horas después.

En 1957, De Gaulle había declarado *Cada francés ha sido, es o será gaullista.* Un sector de la elite política que, posiblemente, había colaborado activamente en la caída del general, seguirá reproduciéndose en el poder bajo la invocación de un gaullismo sin De Gaulle. La idea gaullista de *la grandeur de la France,* bajo otras etiquetas y otros contenidos, se proyectará también sobre el futuro. De Gaulle creó un estilo, un discurso sobre Francia, perfectamente asimilado once años después por su gran adversario político de los años sesenta: François Mitterrand.

B I B L I O G R A F I A

Agulhon, M.: *La République. 1932 à nos jours.* Hachette, París, 1990.

Azèma, J. P.: *De Munich à la Libération, 1938-1944.* Seuil, París, 1979.

Azèma, J. P. y Bedarida, F. (dir.): *Vichy et les français.* Fayard, París, 1992.

Berstein, S.: *La France de l'expansion. I: La République gaullienne, 1958-1969.* Seuil, París, 1989.

Droz, B. y Lever, E.: *Histoire de la guerre d'Algérie (1954-1962).* Seuil, París, 1962.

Ferro, M.: *Pétain.* Fayard, París, 1987.

Julliard, J.: *La quatrième République.* Calmann-Lévy, París, 1968.

Lacouture, J.: *Charles de Gaulle.* 3 vols. Seuil, París, 1984-1986. Es el estudio más completo existente.

Lequin, Y.: *Histoire des Français, XIX^e-XX^e siècles.* 3 vols. Armand Colin, París, 1983.

Paxton, R. O.: *La France de Vichy, 1940-1944.* Seuil, París, 1972.

Rémond, R.: *Les droites en France.* Aubier, París, 1982.

Rioux, J. P.: *La France de la IV^e République.* 2 vols. Seuil, París, 1980 y 1983.

Viansson-Ponté, P.: *Histoire de la République gaullienne.* 2 vols. Fayard, París, 1971-1972.

Winock, M.: *La Fièvre hexagonale. Les grandes crises politiques (1871-1968).* Calmann-Lévy, París, 1986.

CUIDA

e-l

Ozono

